¿Una empresa imposible? La represión de la prostitución en la España de la segunda mitad del siglo XVIII

Jean-Louis GUEREÑA

En los estudios sobre la historia de la prostitución, se suele insistir en la estrecha relación existente entre pobreza, marginalidad y prostitución, particularmente en la época moderna¹. Hace treinta años, ya incluía Jacques Soubeyrou a las prostitutas dentro de la «pobreza delincuente»², explicando cómo, con la finalidad de rentabilizar la mano de obra disponible en actividades económicas y de controlar el espacio social, se llevó a cabo en el siglo XVIII, por medio de la «policía de los pobres», una intensa política de control y represión de «vagos», mendigos y prostitutas, poblaciones consideradas como «ociosas» e improductivas y, por lo tanto, peligrosas para el orden social³.

Asimiladas a la categoría de los vagabundos, las prostitutas clandestinas fueron consideradas como peligros públicos «para el orden y la salud», a las que convenía, pues, expulsar de la ciudad si se trataba de forasteras a la localidad o encerrar algún tiempo en el caso contrario. Las fuentes policiales y judiciales manejadas por Jacques Soubeyrou y otros investigadores permiten acercarse un tanto a las realidades prostitucionales – producto de la miseria y del desarraigo – en el siglo XVIII, principalmente en su segunda mitad.

¹ M^a Eugenia Monzón, «Marginalidad y prostitución», en Isabel Morant (Ed.), *Historia de las mujeres en España y América Latina*, Vol. II, Madrid, Cátedra, 2005, p. 379-395.

² Jacques Soubeyrou, *Paupérisme et rapports sociaux à Madrid au XVIII^e siècle*, Tesis doctoral [Universidad de Montpellier III, 1976], Lille, Atelier de Reproduction des thèses, 1978, t. 1, p. 126.

³ Sobre las relaciones entre mendicidad y prostitución, ver la Memoria de Josef Julián de Azcoytia en *Memorias sobre los medios de desterrar la costumbre de acudir en tropas mugeres y muchachos a pedir limosnas a los forasteros. Asunto tercero de los quatro que propuso la Real Sociedad económica de Madrid, en la gazeta de 14 de Agosto de 1784*, Madrid, Imprenta Real, 1784, p. 42 y 49.

Juzgada cada vez más como excesiva y socialmente preocupante, la visibilidad de la prostitución – actividad ya ilegal y clandestina a partir de finales del siglo XVII, fuera del amparo de la anterior tolerancia – provocó un conjunto de quejas y un intento de aplicar la normativa abolicionista en vigor. Pero, ante la imposibilidad de erradicar en la práctica la actividad prostitucional del espacio urbano mediante las soluciones tradicionales, supuso el comienzo de una reflexión sobre la prostitución y su posible reglamentación – a la luz tanto de experiencias extranjeras como de la propia historia de las mancebías españolas – que iba a gestarse concretamente en la segunda mitad del siglo XIX⁴.

De las mancebías a la clandestinidad

Del siglo XIII al siglo XVII, España – en muchas, por no decir la casi totalidad de las ciudades de la Corona de Castilla y del Reino de Aragón, salvo en el País Vasco y tal vez en Asturias y en Galicia – conoció, como la mayoría de sus vecinos europeos (Alemania, Austria, Francia, Italia, Países Bajos...), una legalización y una reglamentación de la prostitución, a menudo municipal, que se consideraba incluso un tanto modélica⁵.

Era el tiempo de las mancebías, de los lupanares públicamente tolerados y regulados – como por ejemplo el famoso burdel de Valencia que era prácticamente lo primero que se enseñaba a los visitantes más o menos ilustres que acudían a la capital levantina –, lo que no impedía el ejercicio «libre» y clandestino de la prostitución, reprimido con mayor o menor viveza por las autoridades⁶.

La reglamentación de la prostitución – y por ende su tolerancia implícita, limitada desde luego al espacio acotado y reconocido de la mancebía –, se aceptó, pues, durante varios siglos, por los poderes políticos y religiosos para intentar hacer frente a un «mal social» inevitable y evitar males considerados como peores (desde el punto de vista higiénico y social):

Supuesta la corrupción humana, pueden los príncipes cristianos permitir las [las ramerías] donde se juzguen necesarias para evitar mayores males, designándoles lugar separado y peculiar.
[...] Se llaman patronos de esas malas mugeres a quienes la república encarga de su cuidado, para que las defiendan y cuiden de su salud, y que no inficionen a los demás. Por lo que, supuesta la permisión de

⁴ Jean-Louis Guereña, *La prostitución en la España contemporánea*, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 95-203.

⁵ Francisco J. Vázquez, «Bibliografía sobre historia de la prostitución en España», en *Mal menor. Políticas y representaciones de la prostitución Siglos XVI-XIX*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1998, p. 213-224.

⁶ Enrique Villalba Pérez, *¿Pecadoras o delincuentes? Delito y género en la Corte (1580-1630)*, Madrid, Calambur, 2004, p. 254-259.

ellas, también se hace lícita la de estos patronos, pues el oficio de estos se ordena al bien público⁷.

Cabía por lo tanto reglamentar la prostitución para el «bien común», en defensa del orden social establecido (y en primer lugar el matrimonio y la familia), pero no prohibir del todo. En la escala de los pecados sexuales, el sexo venal («trato ilícito»), tratándose de «simple fornicación», era considerado como un pecado relativamente leve por los casuistas y moralistas⁸, salvo naturalmente que incluyera prácticas anales, con lo que entraba entonces a forma parte del más grave de los pecados de lujuria, el «crimen o pecado contra natura»⁹.

La mediación del dinero no agravaba, pues, en principio la situación. Se pensaba, por lo contrario, que convenía socialmente (y desde un punto de visto evidentemente masculino) que existieran determinadas mujeres – marginadas socialmente – dedicadas al comercio del sexo. Dentro de esta concepción, la prostitución evitaría en particular violaciones y abusos sexuales de mujeres «honestas» por parte de varones solteros más o menos jóvenes, delito calificado de «estupro».

Sin embargo, las dos pragmáticas dictadas por Felipe IV en 1623 y 1661, en un ambiente general de «reformación de las costumbres», pretendieron abolir tal prostitución reglamentada en todos los territorios de la monarquía¹⁰. No todos estaban de acuerdo con esta política represiva, y algunos hicieron oír su voz aún a finales del siglo XVII. No se trataba sin embargo de una medida insólita en la Europa de la segunda mitad del siglo XVII, pues el cierre oficial de las mancebías se produjo en España casi con un siglo de retraso con relación al resto de Europa. Desarticulada en principio la red prostibularia, el comercio carnal entraba de ahora en adelante en una etapa de clandestinidad y las «malas mujeres» – a menudo calificadas de «escandalosas» – que seguían con su actividad ilícita serían perseguidas como meras vagabundas, mujeres «solas» sin actividad económica reconocida.

⁷ R. P. Fr. Marcos de Santa Teresa, *Compendio moral salmaticense según la mente del angélico doctor, en el que se reduce a mayor brevedad el que en lengua latina publicó el R. P. Fr. Antonio de San Josef [...]*, t. I, 2ª ed., Madrid, Imprenta de la calle de la Greda, 1808 [1ª ed., 1805], pp. 243 y 410. Ver Erica-Marie Benabou, *La prostitution et la police des moeurs au XVIII^e siècle*, Paris, Perrin, 1987, p. 441.

⁸ Manuel de Arceñiega, *Metodo practico de hacer fructuosamente confesion general de muchos años, util para confesores, y penitentes por quanto se proponen, y resuelven los casos mas frequentes que llegan al confesonario [...]*, 3ª ed., Madrid, Ramon Ruiz, 1794, p. 412-413, y M. de Santa Teresa, *op. cit.*, p. 404-406. Ver Bartolomé Clavero, «Delito y pecado. Noción y escala de transgresiones», en *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*, Madrid, Alianza, 1990, p. 57-89.

⁹ M. de Santa Teresa, *op. cit.*, pp. 434-437. Ver Francisco Tomás y Valiente, «El crimen y pecado contra natura», en *Sexo barroco, op. cit.*, p. 33-55.

¹⁰ *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, t. IV, Madrid, 1805, Libro XII, Tít. XXVI, Leyes VII [10-II-1623] y VIII [11-VII-1661], pp. 421-422.

La visibilidad de la prostitución en la segunda mitad del siglo XVIII

Tras tal prohibición y el cierre consiguiente (y progresivo) de las mancebías toleradas públicamente hasta aquel entonces, el desarrollo de la prostitución callejera o domiciliaria, más o menos clandestina (o sea más o menos visible), era manifiesto y criticado públicamente – sobre todo desde mediados del siglo XVIII – en las grandes capitales del país. Lo que se criticaba desde luego era la supuestamente excesiva visibilidad de la prostitución, sobre todo en determinados barrios. Jovellanos menciona así directamente la palabra «burdel» y su funcionamiento a la luz del día¹¹. Y en los documentos judiciales se encuentran referencias a mujeres «públicas», «perdidas», «de mala conducta», «escandalosas», «mundanas»...

Se trataba por lo general de jóvenes solteras «deshonradas», de mujeres abandonadas o separadas temporalmente de sus maridos, desprovistas, pues, del sustento económico del padre o del marido y sin asistencia pública. También había casos de mujeres obligadas a prostituirse por sus maridos, a los que llegaban a veces a denunciar¹².

Faltan no obstante estudios sobre la prostitución en los siglos XVII y XVIII, en lo que pudiéramos llamar etapa de transición entre la «edad de oro» de la reglamentación en la época moderna y la «edad de plata» en la época contemporánea cuando se introduce el reglamentarismo, para poder apreciar el fenómeno en su globalidad. En particular, ¿tuvo algún impacto el cierre oficial de las mancebías en la opinión pública y en las prácticas sexuales de determinados colectivos varoniles?¹³

En todo caso, aun fuera de la tolerancia anterior, la actividad prostitucional, más o menos ocasional, no dejó de existir. Ya a principios del siglo XVIII, un viajero francés podía resaltar lo que calificaba de «licencia» de las costumbres españolas y la importancia consiguiente de la prostitución:

La grande licence, qui règne à cet égard en *Espagne*, fait qu'il y en a plusieurs qui ne se marient point, préférant des plaisirs criminels à un honnête & légitime mariage. Cette licence engage une infinité de filles, mal élevées & sans principe de vertu, à vendre leur pudicité au premier offrant; & ceux qui sont mariez, portant leurs caresses à d'autres qu'à leurs femmes, ne travaillent pas à remplir leur famille de bons enfans, & l'Etat de bons citoyens¹⁴.

¹¹ José Caso González y Georges Demerson, «La sátira de Jovellanos sobre la mala educación de la nobleza (versión original, corregida por Meléndez Valdés)», *Bulletin Hispanique*, Bordeaux, t. LXI, 1959, p. 382.

¹² Margarita Ortega López, «Protestas de las mujeres castellanas contra el orden patriarcal privado durante el siglo XVIII», *Cuadernos de historia moderna*, Madrid, n° 19, 1997, p. 83.

¹³ Ver Francisco de Quevedo, «Sentimiento de un jaque por ver cerrada la mancebía», en *Obras completas I. Poesía original*, Ed. de J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1971, pp. 1233-1236.

¹⁴ Juan Álvarez de Colmenar, *Les délices de l'Espagne et du Portugal*, Leide, Pierre Vander Aa, 1707, t. V, p. 841. El seudónimo hispano escuda según Palau a un autor francés (*Manual del librero hispanoamericano [...]*, t. I, n° 9.588). Conservamos la grafía del original.

Y a partir de mediados del siglo XVIII, aparece una nueva preocupación o sensibilidad hacia la prostitución, concretada por una campaña de denuncias por parte de las autoridades que se refieren al incremento de la prostitución callejera, y sobre todo a su mayor visibilidad, lo que va a motivar encierros periódicos de prostitutas en la Casa Galera de la localidad. Las prostitutas no sólo eran meras «pecadoras», cometiendo continuamente «pecado de fornicación y escándalo» según la moral católica imperante¹⁵, sino también delincuentes ante la justicia civil, especialmente si eran casadas (incurriendo así en el delito de adulterio que se añadía al de lenocinio), cometían algún «escándalo público» o contribuían al abandono conyugal de casados.

Si la mancebía tolerada se encontraba antaño en un espacio limitado, controlable y apartado de la ciudad (en principio extramuros), la prostitución clandestina y descontrolada – lo que no era una novedad – «invadía» el espacio urbano fuera de los antiguos «barrios reservados», incrementando o al menos diversificando espacialmente la oferta prostitucional, pero dificultando asimismo la política de control del espacio público.

En realidad, se generalizó una tendencia anterior a la abolición de las mancebías, la diseminación de la prostitución popular fuera de los límites permitidos. Jacques Soubeyroux llama así la atención sobre la diversificación de los espacios prostitucionales y de las estrategias femeninas de supervivencia al exponer algunos casos de prácticas corrientes de la prostitución en el Madrid de finales del Setecientos:

Certaines femmes attirent les hommes chez elles [...]. D'autres se livrent à la prostitution hors de chez elles, sous des arcades, dans un hangar ou un grenier. Il en est enfin qui se rendent à l'intérieur même des casernes ou du bivouac où sont rassemblés les prisonniers [...]¹⁶.

Diversos testimonios, tanto de españoles como de viajeros extranjeros, insisten sobre la importancia de la prostitución existente en España en la segunda mitad del siglo XVIII y principios del siglo XIX, ejercida ya sin ningún control higiénico, y sobre todo cada vez más visible en el seno de las grandes ciudades, los puertos, y las plazas fuertes del país. En todo caso, la presencia de una cuantiosa guarnición aparece como un factor importante del desarrollo de la prostitución.

Sería el caso particularmente en la capital del Reino, donde un informe anónimo denunciaba en 1744 a las «mujeres ruinmente prostituidas, de que abunda en tanta multitud la Corte que no se pueden transitar sus calles sin peligro, horror y lástima, escándalo de todos y rubor

¹⁵ M. de Santa Teresa, *op. cit.*, p. 409.

¹⁶ J. Soubeyroux, *op. cit.*, t. I, p. 125-126.

del cristianismo»¹⁷. Y veinte años más tarde, en 1766, una nota llegaba a la Sala de Alcaldes de Casa y Corte del Consejo de Castilla, señalando el aumento considerable de las prostitutas en las calles principales de la capital¹⁸.

Según Moratín padre (Nicolás) [1737-1780], Madrid contaba en la década de los setenta del setecientos con «más de cien burdeles», de los que nos facilita una guía geográfica relativamente precisa en su famoso *Arte de las putas*, compuesto hacia 1772, prohibido por edicto inquisitorial del 20 de junio de 1777 e incluido en 1790 en el *Índice último de los libros prohibidos y mandados expurgar* por la Inquisición, pero que circulaba en copias manuscritas¹⁹. También podemos encontrar en el diario de su hijo Leandro [1760-1828] numerosas referencias a meretrices madrileñas, con sus direcciones²⁰.

El Marqués de Langle [1742-1807] se refiere por su parte a « douze à quinze cents catins », quienes « dès que la nuit commence, [...] s'emparent des rues et des promenades de Madrid »²¹. Tal cifra de un millar de prostitutas por las calles madrileñas viene confirmada por el testimonio en 1798 del entonces Fiscal de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, Juan Meléndez Valdés [1754-1817], según el cual

abundan por común desgracia a cada paso y donde quiera los objetos de la más vergonzosa prostitución; donde la corrupción impudente camina sin freno tan libre y descocada, insultando a la virtud y la decencia pública; donde malgrado la severa vigilancia de V.A., la liviandad, el ocio, la miseria, la infame seducción ofrecen sin cesar al vicio nuevas víctimas; donde mil infelices van día y noche por esas calles brindando a todos con sus sucios y venales favores; donde, en fin, es tan fácil ¡ojalá no lo fuese! sacrificar el vicioso a su sensualidad y lascivo desenfreno²².

Semejantes quejas pueden encontrarse en muchas localidades,

¹⁷ Archivo General de Simancas, *Hacienda*, leg. n° 698 [Hospicios de Madrid y San Fernando], cit. por J. Soubeyroux, *Ibid.*, p. 125.

¹⁸ A.H.N., *Consejos*, Sala de Alcaldes de Casa y Corte, Libro n° 1353, fol. 82-84, cit. por Christine Bénavidès, *Les femmes délinquantes à Madrid (1700-1808). Justice et société en Espagne au XVIII^e siècle (II)*, Toulouse, C.R.I.C., 2000, p. 54.

¹⁹ Nicolás Fernández de Moratín, *Arte de putear*, Ed. de I. Colón Calderón y G. Garrote Bernal, Archidona, Aljibe, 1995, p. 154 (II, 317).

²⁰ Leandro Fernández de Moratín, *Diario (Mayo 1780-Marzo 1808)*, Ed. de R. y M. Andioc, Madrid, Castalia, 1968, pp. 179-250.

²¹ [Jean Marie-Jérôme Fleuriot, dit Marquis de Langle], *Voyage de Figaro, en Espagne, Saint-Malo, 1784*, según la edición presentada por Robert Favre (Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 1991, p. 35, apartado "Courtisanes"). En la edición de 1803, « seule avouée par l'Auteur », el epígrafe relativo a las « Filles publiques » no reproduce estas cifras (*Voyage en Espagne, par L. M. de Langle, Paris, Imprimerie de Munier, 1803, p. 219-220*).

²² Juan Meléndez Valdés, *Discursos forenses*, Madrid, Imprenta Nacional, 1821, p. 74.

grandes o pequeñas, tales como Portugalete (Vizcaya), donde existían ciertas formas de prostitución que las autoridades intentaban perseguir en 1743: «Reunida la Junta [...] dijeron [...] haber llegado a notaria de sus miembros que algunas mozas solteras que residen en dicha villa tienen posada para huéspedes de estrañas naciones [...] se les notifique [...] cierren dicha posada [...] no reuniendo huésped alguno en ella»²³.

En las capitales, las autoridades inciden en la importancia de la población prostitucional y su rápido aumento, fruto a menudo de la emigración campesina o de las localidades vecinas, así como en las consecuencias para los habitantes. En noviembre de 1763, el Gobernador de la Sala del Crimen de la Chancillería de Granada denunciaba así en un informe elevado al Consejo de Castilla, entre los males que afectaban la ciudad y a los que cabía remediar con urgencia,

que en esta ciudad es grandísimo el número de mujeres perdidas que hay, tanto que por las calles, aún en día claro, se ven mil excesos de deshonestidad y desenvoltura, y en dando las oraciones es un escándalo, siendo el motivo que de toda la Alpujarra acuden a esta ciudad todas las que se ven perdidas y concurren igualmente de los demás lugares y de todas las demás ciudades de Andalucía buscando la confusión, y aún de los Puertos [...]»²⁴.

Por su parte, el entonces obispo de Zamora, Antonio Jorge Galván [1717-1787], apuntaba en agosto de 1768 que, al llegar a Zamora, notó «sus calles, plazas y paseos tan llenos de mujeres perdidas y por consiguiente tan públicos y a la vista sus escándalos que [se llenó] de horror»²⁵. Igualmente, en Cádiz, el Gobernador militar y político se quejaba en 1780 de

la excesiva concurrencia que en [este pueblo] se advierte de mujeres públicas prostituidas, que además de ocasionar la notable ruina espiritual [...], infestan la salud pública y las buenas costumbres, pervirtiendo los jóvenes más modestos y causando un irreparable detrimento en las tropas y gente de mar, advirtiéndose siempre crecido número de estos individuos enfermos y gravados de resultas de los tratos y concurrencias que frecuentemente tienen con las mencionadas [...],

²³ A. M. de Portugalete, Libro de Actas 5-1, Sesión del 29-III-1743, cit. por Sylvie Hanicot Bourdier, *Portugalete aux XVIII^e et XIX^e siècles : contribution à une étude socio-démographique*, Tesis doctoral, Universidad de París IV, 2000, t. I, p. 219.

²⁴ Archivo de la Real Chancillería de Granada, exp. n.º 321-4423-56, cit. por Antonio L. Cortés Peña y Bernard Vincent, *Historia de Granada III. La Época moderna*, Granada, Ed. Don Quijote, 1986, p. 322.

²⁵ Archivo de la Diputación de Zamora, Sección G.D., leg. n.º 22, 1ª parte, doc. 8, cit. por Alberto Martín Márquez, «La Casa Galera y fábrica de paños de Zamora: ejemplo de beneficencia eclesiástica en el siglo XVIII», *Anuario 1994 del Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo»*, Zamora, p. 486.

anotando además que «las mencionadas mujeres prostitutas se juntan las más noches en tertulias y bailes obscenos y escandalosos»²⁶.

Y en Córdoba, el Procurador General pedía en 1785 al Consejo de Castilla ponga «el más pronto remedio a los grandes desórdenes y ofensas a Dios que se están experimentando por una multitud de mujeres vagas y abandonadas que se han acogido a esta capital y que juntas con las muchas de ellas están causando los mayores daños»²⁷.

¿Qué atención prestar a tales testimonios, que se podrían multiplicar? ¿Tal era la «licencia» española y era tanto el incremento de la oferta prostitucional al que se refieren de forma muy similar los documentos aducidos? Si en una advertencia preliminar a su diccionario español-francés, el abad lexicógrafo Gattel [1743-1812] señala en 1790 el gran número de voces españolas para designar a las prostitutas, «ce qui [...] supposerait qu'en Espagne, le nombre des courtisanes est en effet très considérable»²⁸, a Jean-François Bourgoing [1748-1811], que estuvo en España de 1777 a 1785 y de 1792 a 1793, le parece que «si les occasions d'acheter des plaisirs aussi honteux que faciles sont fréquentes pour ceux qui les cherchent, du moins la prostitution n'a ni la même publicité ni la même impudence que dans d'autres pays»²⁹.

Cierto es que, reflejo de una realidad o proyección de continuas obsesiones, el tema de la prostitución como problema social – con la indagación de sus causas y la búsqueda de soluciones para eliminarlo – viene siendo recogido también con cierta frecuencia en las publicaciones periódicas.

Ya en septiembre de 1784, Vicente Tormo y Vidal, Doctor en Derecho, disertaba en su intervención ante la Academia de Jurisprudencia teórica-práctica «sobre los grandes daños que ocasionan al Estado las mugeres prostituidas, y de los remedios que pueden adoptarse para atajarlos»³⁰. Según él, como «los Gitanos, ladrones y contrabandistas», las «mugeres abandonadas» eran hijas de «la ociosidad, y falta de educacion», y los «males» correspondientes, «efectos del impuro comercio», eran «las enfermedades que de él provienen, y la esterilidad que suele resultar de ellas». Le parecía, pues, conveniente «tomase el Gobierno algunas

²⁶ A.H.N., *Consejos*, leg. n.º 1054, exp. n.º 8, cit. por María Luisa Mejjide Pardo, *Mendicidad, vagancia y prostitución en la España del siglo XVIII. La casa galera y los departamentos de corrección de mujeres*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, 1992, vol. II, p. 1421-1422.

²⁷ A.H.N., *Consejos*, leg. n.º 1054, exp. n.º 18., cit. por M. L. Mejjide Pardo, *Ibid.*, p. 1405.

²⁸ Abbé C. M. Gattel, *Nouveau Dictionnaire espagnol, avec l'interprétation latine de chaque mot*, Lyon, Bruyset frères, 1790, t. I, cit. por Paul Werrie, *L'amour à l'espagnole*, Paris, La Table Ronde, 1964, p. 228.

²⁹ J. Fr. Bourgoing, *Tableau de l'Espagne moderne*, 2ª ed., Paris, 1797, t. II, p. 314-315.

³⁰ «Academia de Jurisprudencia Teórica-Práctica establecida en la Casa de PP. Menores del Espíritu Santo», *Memorial Literario, Instructivo y Curioso de la Corte de Madrid*, t. III, septiembre 1784, p. 23-27.

providencias conforme a las Leyes del Reyno» y que se estableciese «en las Capitales y Pueblos numerosos un Magistrado o Diputación celosa y vigilante, compuesta de algunas personas Eclesiásticas y Seculares de probidad notoria, que entendiesen en su amparo y colocación en casas de virtud y exemplo [...]».

En noviembre de 1787, el madrileño *Diario curioso, erudito, económico y comercial* publicaba una supuesta «carta traducida de un papel periódico extranjero» acerca de las «costumbres»³¹, y en la cual se señalaba así «entre el gran número de males que nacen de nuestras instituciones civiles», la «plaga» de la prostitución, «que no es sólo un escándalo público sino además una calamidad, cuyos efectos se propagan sobre todas las clases de la sociedad; y una causa de despoblación que sacrifica anualmente a la esterilidad y a la miseria muchedumbre de mozas, que sin ella, serían madres fecundas, y esposas trabajadoras e inteligentes»³².

Como principales causas a la prostitución, se enfocaba la importancia del celibato masculino, «mantenido, fomentado y hasta legitimado por la avaricia de los padres, quienes no conceden a sus hijos licencia para casarse hasta una edad en que las pasiones han recorrido ya todos los periodos del vicio y de la depravación», y sobre todo «la cortedad de salario que en las Ciudades grandes se da a las criadas mozas». El trasvase entre servidumbre femenina y población prostitucional, realidad corriente en la segunda mitad del siglo XIX³³, se resaltaba con más claridad en julio de 1790 en un proyecto de Pedro García Fuertes impreso en el *Diario de Madrid*, continuación del anterior título, y en el cual afirmaba que «[...] apenas se hallará muger prostituta que no haya debido la primera enseñanza e instrucción a la clase de criada»³⁴.

Otra carta publicada en enero de 1788 en varias entregas del *Diario de Madrid*, incidía de nuevo en el tema de la prostitución «y sus remedios», afirmando que «uno de los motivos más principales de la prostitución (epidemia tan fatal que produce la ruina más lamentable a la naturaleza y al Estado) es, sin duda alguna, la multitud de jóvenes de ambos sexos que se dedican a servir en todas las Capitales, y con especialidad en la corte»³⁵.

La solución residiría, según el anónimo autor, en el

³¹ Pinchet, «Costumbres. Carta traducida de un papel periódico extranjero», *Diario Curioso, Erudito, Económico y Comercial*, Madrid, nº 516, 28-XI-1787, p. 606-608.

³² Ver también Francisco Romá y Rosell, *Las señales de la felicidad de España, y medios de hacerlas eficaces*, Madrid, Imprenta de D. Antonio Muñoz del Valle, 1768, p. 31-32.

³³ Carmen Sarasúa, *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, Siglo XXI, 1994, p. 251-257; Josette Guereña, «Trabajo doméstico y prostitución», *Historiar*, Barcelona, nº 2, julio 1999 [Dossier *La prostitución en la España contemporánea*], p. 24-33.

³⁴ P. G. F. [Pedro García Fuertes], «Nuevo Proyecto sobre el aseo y barrido de Madrid, y sobre el establecimiento de los Serenos», *Diario de Madrid*, nº 190, 9-VII-1790, p. 760.

³⁵ Y. L., «Carta a los Diaristas sobre la prostitución y sus remedios», *Diario de Madrid*, nº 15, 15-I-1788, p. 58.

establecimiento de manufacturas,

donde todo el que fuese, hallase que trabajar y ganase a proporción de su habilidad más o menos, empezando con sólo lo necesario a su sustento y decencia, sin más reclusión ni asistencia que las horas señaladas; lo qual se extendería del mismo modo a las mugeres, de suerte que a nadie, nadie le faltase ocupación, sin vender totalmente la libertad³⁶.

Además, el trabajo se complementaríase felizmente con la institución del matrimonio, en una concepción muy optimista y muy propia del Siglo de las Luces: «Por complemento de todo, y como cosa precisa, se iría extinguiendo la prostitución y no hallarían los hombres tan fácilmente en quien satisfacer sus pasiones sino en el matrimonio, para el qual también se conservarían sanos y robustos, comunicando la misma robustez y sanidad a sus hijos»³⁷.

De este modo,

estableciendo ocupación extensiva a todo se lograría también extinguir la prostitución, y no con sólo socorrer las fragilidades de las pobres mugeres [...], ni tampoco con el demasiado rigor, el qual sobre ser insuficiente fueran fomento quizá del vicio; sin que se pueda esperar su extirpación mientras no se ocupe con utilidad a la porción de Individuos que se dedican a servir³⁸.

No sólo la prensa madrileña se hacía eco del tema de la prostitución a finales del siglo XVIII. En el *Semanario Erudito y Curioso de Salamanca*, por ejemplo, un «papel» de un tal Alonso también se refería en noviembre de 1793 al crecimiento de la prostitución y a la inutilidad de las medidas represivas:

A todas horas, aun las mas intempestivas, se ven por las calles de esta Ciudad Jóvenes abandonadas, que haciendo un infame tráfico han perdido ya la vergüenza, y escandalizan y compadecen al mismo tiempo a quantos las miran.
[...] Las providencias que vimos tomarse hace año y medio para el recogimiento de las primeras, por un efecto de la desgracia, que siempre experimentan los establecimientos útiles, fueron infructuosas, y se vio poco a poco inundada otra vez la Ciudad de éstas, que corrompen al mismo tiempo la salud, y las costumbres públicas³⁹.

³⁶ *Ibid.*, nº 17, 17-I-1788, p. 65-66.

³⁷ *Ibid.*, p. 66.

³⁸ *Ibid.*, nº 20, 20-I-1788, p. 78.

³⁹ *Semanario Erudito y Curioso de Salamanca*, t. I, nº 10, 2-XI-1793, p. 3.

Junto con el espectáculo juzgado «escandaloso» de la prostitución callejera, la propagación de las enfermedades venéreas constituía entonces otro claro motivo de preocupación, especialmente para con la tropa, clientela habitual de las meretrices⁴⁰. Índice del temor popular creciente ante el desarrollo de las enfermedades de transmisión sexual era por ejemplo la multiplicación de «papelotes indecentes que por desgracia se notan en todas las esquinas, anunciando secretos y personas de habilidades raras para curar las enfermedades venéreas», señalada por Bartolomé Colomar en una nota a su traducción del tratado de F. Swediaur publicada en 1808⁴¹. Y, aunque constantemente denunciado y perseguido por autoridades policiales y religiosas, el uso del preservativo masculino o condón parece haberse introducido entonces en España de modo clandestino, seguramente por importación en contrabando de Inglaterra y sobre todo de Francia⁴².

Como ya lo vimos, era frecuente atribuir a las prostitutas la «despoblación» de España. El anónimo autor de un viaje a España resalta así en 1765 la importancia de las enfermedades venéreas y su relación estrecha con las prostitutas: « Les femmes de mauvaise vie sont malpropres, maussades et empoisonnées. Cette cruelle maladie qui attaque l'espèce humaine dans son principe est une cause affreuse de dépopulation en Espagne : on ne la guérit pas »⁴³.

También el franciscano Antonio Arbiol y Díez [1651-1726] en sus *Estragos de la luxuria y sus remedios*, cuya primera edición se publicó en 1726, insistía a su manera en «los peligros fatales a que suelen exponerse los jóvenes y mozos con su luxuria desenfrenada», «que se estropea[n] con los pestíferos accidentes y humores gálicos que recoge[n]»⁴⁴. Esta clásica etiología establecida por sus contemporáneos entre enfermedades venéreas y prostitución iba a resaltarse cada vez más, ya que «las mugeres

⁴⁰ *Curso de enfermedades venéreas dictado en la Real Escuela de Cirugía de Barcelona Por uno de sus maestros*, Barcelona, Eulalia Piferrer, 1782, p. 145-149.

⁴¹ F. Swediaur, *Tratado completo de los síntomas, efectos, naturaleza y verdadero método de curación de las enfermedades venéreas*, Traducido de la quinta y última edición francesa, con notas y adiciones, por Bartolomé Colomar, Madrid, Repullés, vol. III, 1808, p. 76.

⁴² J.-L. Guereña, «Elementos para una historia del preservativo en la España contemporánea», *Hispania*, Madrid, Vol. LXIV/3, n° 218 [La sexualidad en la España contemporánea (1800-1950)], septiembre-diciembre 2004, p. 872-879.

⁴³ « État politique, historique & moral du royaume d'Espagne l'an MDCCLXV », Manuscrito conservado en la *Bibliothèque Mazarine*, París, n° 1910, y editado por J. Thénard en la *Revue Hispanique*, t. XXX, n° 78, abril 1914, p. 479 (conservamos la ortografía del documento).

⁴⁴ Antonio Arbiol, *Estragos de la luxuria, y sus remedios, conforme a las divinas Escrituras y Santos Padres de la Iglesia. Obra posthuma del M.R. Y V.P. Fr. --*, La saca a luz el R. P. Fr. Gerónimo García, Madrid, Manuel Martín, s.f. [c. 1796], p. 102. Ver también Fr. Luis Pueyo y Abadía, *El hombre es la mejor, y peor criatura, que ay, fuera de la omnipotencia. Luz de desengaño clara, en dos partes dividida, a que dio principio [...] --, y por su fallecimiento continuó [...] P. M. Fr. Mas Pueyo y Abadía [...]*, En Çaragoça, Gaspar Thomas Martínez y Diego de Larumbe, 1706, 2ª parte, p. 125.

mundanas, toleradas por necesidad, no pueden por la constitucion de su vida, dexar de estar inficionadas⁴⁵:

«¿Queremos que mengüe el gálico entre nosotros? Pues que mengüen las mujeres públicas. ¿Queremos que éstas sean menos? Pues que lo sean también las causas positivas y negativas que las determinan a serlo»⁴⁶.

«Expeler o recoger»

Sin embargo, la prostitución no era sólo una cuestión sanitaria, sino también plenamente un asunto de competencia policial. La defensa de la salubridad y de la salud públicas venía claramente asociada con la defensa del orden público, ya que la prostituta aparecía a los ojos de las autoridades municipales y policiales como un factor de desorden permanente, asociada desde hacía tiempo con otra población marginal, la de los «vagos» y «ociosos».

Desde mediados del siglo XVIII, los testimonios son numerosos. En 1766, por ejemplo, se pedía en Cuenca «instruirse de los vagos, o gentes ociosas, y sin destino, o aplicación a oficio, o trabajo, y de las viciosas que hubiere en el Quartel, y lo participarán a el Corregidor, después de bien informados, para que los mande recoger, y destine con arreglo a Leyes, Ordenes, e Instrucciones, a cuyo fin le auxiliarán en caso necesario»⁴⁷.

En Córdoba, en julio de 1791, se proyectaba la fundación de un Hospicio

con el piadoso activo deseo de desterrar de esta Ciudad la vagancia y holgazanería, que se experimenta en la infima Plebe de uno y otro sexo, proporcionando por todos los medios posibles la enseñanza, y aplicación a la Juventud, abandonada y desatentida de sus Padres, o por falta de éstos, o por su notoria negligencia y morosidad, facilitando de este modo el precioso fomento de las Artes, y el destierro de la prostitución [...]»⁴⁸.

Con la creación de tales centros de reclusión para prostitutas – como el Beaterio de Santa María Egipciaca en Granada (1770) o la Casa de Recogidas en Cádiz (1780) – se pretendía acabar con la prostitución, reeducando en plan carcelario a las prostitutas allí recogidas para ser

⁴⁵ *Correo de los ciegos*, Madrid, I, n° 37, 13-II-1787, p. 148.

⁴⁶ Ramón López Mateos, *Pensamientos sobre la razón de las leyes derivada de las ciencias físicas, o sea, sobre la filosofía de la legislación*, Madrid, Gómez Fuentenebro y Compañía, 1810 [1ª ed., 1801], p. 273.

⁴⁷ *Real Provisión, en que los Señores del Real, y Supremo Consejo de Castilla aprueban la Instrucción formada por el Señor D. Joseph Moñino, del Consejo de S.M. y su Fiscal del mismo, para el mejor Gobierno, y Policía de la Ciudad de Cuenca*, Cuenca, s. imp., 1766, art. XII, fol. 3 v°.

⁴⁸ Archivo de la Diputación Provincial de Córdoba, Caja n° B 270 (Borrador dirigido a Josef Antonio Garnica, 22-VII-1791).

miembros «útiles» de la sociedad, enseñándoles los valores de orden, disciplina y trabajo⁴⁹.

En Setiembre de 1812, en una coyuntura desde luego específica tras la evacuación francesa de la ciudad, el Jefe Superior político de la provincia de Sevilla, Manuel Fernando Ruiz del Burgo, constataba en un edicto «la multitud de mujeres que, agraviando el pudor del sexo, se han prostituido y abandonado con ofensa de la moral, con escándalo de los buenos ciudadanos, con grave daño de las sanas costumbres, que tanto importa reintegrar y conservar, y con un perjuicio en la salud, especialmente de las tropas que llenan diariamente los Hospitales»⁵⁰.

Acordaba a continuación las disposiciones tradicionales, como la recogida en un «depósito determinado» de las mujeres halladas a deshoras por la ciudad «o en parajes sospechosos», y la expulsión de «todas las mujeres que no sean naturales de esta Capital, y estén abandonadas a la vagancia, sin ocupación honesta y sujeción a cabeza de familia que deba responder de su conducta». Las «verdaderas arrepentidas de sus errores» podían seguir viviendo en la ciudad «para ocuparse en el servicio o en labores propias del sexo», pero siempre bajo la vigilancia de las autoridades.

¿Qué hacer, pues, con la población prostitucional que aparentemente «pululaba» en determinados espacios urbanos y frente a la nueva situación que podía aparecer como escandalosa a algunos, e incluso peligrosa a muchos, tanto para la salud como para la moral públicas?:

De ellas proviene en gran parte la corrupción de las costumbres públicas; el enervarse el vigor de la tropa; el propagarse el contagio que ataca derechamente la fuerza de un estado que consiste en la población, y lo que es sobre todo, sus desórdenes multiplican las ofensas de Dios, que atraen sobre los pueblos su indignación y su ira⁵¹;
Las prostitutas, y rameras a mas de su ociosidad perjudican a la poblacion, en quanto disminuyen la propagacion de la especie humana⁵².

⁴⁹ *Ordenanzas para el recogimiento de las mujeres viciosas y escandalosas formadas a consecuencia de lo prevenido por el Señor Presidente de la real chancillería de Valladolid comprensivas de las labores en que se han de emplear, distribución de horas, con lo demás conducente a su gobierno*, León, 1-II-1782, copia manuscrita (A. M. de León); Manuel Recio, *Compendio histórico, y manifiesto instructivo del origen, y fundación de la Real Casa de Santa María Magdalena de la Penitencia, vulgo las Recogidas de Madrid*, Madrid, Joachin Ibarra, 1777, X-196.

⁵⁰ Edicto de Manuel Fernando Ruiz del Burgo, Jefe Superior Político de la provincia de Sevilla, Sevilla, 12-IX-1812, una hoja impresa (Servicio Histórico Militar, Madrid, *Colección del Fraile*, vol. 862, p. 36).

⁵¹ *Expediente formado en virtud de Real orden de S.M. con que remite para noticia del Consejo un ejemplar de las Constituciones aprobadas por el gobierno de la Asociación de Caridad, establecida en esta Corte para el cuidado y asistencia de los pobres de la galera, cárcel de Corte y cárcel de Villa*, 1787 (A.H.N., *Consejos*, leg. 1051, exp. n.º 32), cit. por M. L. Meijide Pardo, *op. cit.*, t. I, p. 424.

⁵² Ignacio de Assó, *Historia de la economía política de Aragón*. Zaragoza, 1798, Zaragoza, Guara, 1983, p. 219.

¿Cómo actuar socialmente? ¿Cuál había de ser la respuesta adecuada de las diversas autoridades frente a un problema que ya no podía aparentemente evitarse? Inútil sería intentar eliminar la prostitución «en nuestra España», afirmar así en 1805 el jurista José Marcos Gutiérrez⁵³,

con especialidad en la corte y demás pueblos considerables, donde infinitas rameritas con sus trages escandalosos, gestos lascivos y palabras deshonestas, llevando como en triunfo el vicio por los lugares más públicos, se esfuerzan a excitar deseos que ellas no tienen, y ofrecen placeres en que por su embrutecimiento no pueden tener parte, seduciendo así muchos maridos que en un momento de flaqueza manchan el tálamo nupcial, y privando al estado de innumerables jóvenes en la flor de su vida con aquel veneno contagioso de que casi todas las mugeres públicas se hallan inficionadas, [...] mientras no se proporciona que cada hombre se halle en situación de poder mantener una muger y sus hijos, por cuyo medio se conseguiría que hubiese pocos célibes de uno y otro sexo, y poca miseria.

Y para él, «las penas más adecuadas que deben imponerse a las mugeres públicas, son las de infamia y privación de ciertos derechos, honores, o facultades que tienen las demás u otras personas de su sexo». Copiando casi literalmente la Pragmática de 1661, proseguía recordando que «las putas o rameritas deben prenderse donde quiera que se hallen, bien en los paseos públicos causando nota, bien en las calles y plazas públicas, bien en sus posadas, y encerrarse en la casa de la galera por el tiempo que parezca conveniente». Nada se decía de los clientes, como podían ser los «soldados y marineros» mencionados en Sevilla en 1765⁵⁴, y la única culpable seguía siendo la prostituta.

Frente a la creciente actividad prostitucional (o percibida como tal) y para intentar erradicar, temporalmente al menos, su excesiva presencia callejera, la solución tradicional en el siglo XVIII, y aún a principios del siglo XIX, seguiría siendo desde luego la represión policial indiscriminada, la recogida periódica de prostitutas por las calles y su encierro inmediato en la Galera o casa de corrección para mujeres⁵⁵, o, según los casos, la

⁵³ Joseph Marcos Gutiérrez, *Práctica criminal de España*, Madrid, Benito García y C^a, 1805, t. III, Cap. IX, n^o 9, p. 168.

⁵⁴ Archivo del Obispado de Sevilla, Sección Justicia/Criminales, leg. n^o 53 (Proceso contra la Chulclanera), cit. por María Luisa Candau Chacón, "Prostitutas y desarraigadas en la Sevilla del Antiguo Régimen", en M. D. Ramos Palomo y M. T. Vera Balanza (Eds.), *El trabajo de las mujeres. Pasado y presente*, Málaga, Diputación Provincial, 1996, vol. II, p. 248.

⁵⁵ *Razón, y forma de la Galera y Casa Real, que el Rey Nuestro Señor manda hazer en estos Reynos, para castigo de las mugeres vagantes, ladronas, alcahuetas, y otras semejantes. Compuesta por la Madre Madalena de San Geronimo, Fundadora de la Casa de Probacion de Valladolid*, Reimpresión en Valencia, Joseph Esteban Dolz, Impresor del S. Oficio, 1760 [1^a ed., 1608], 62 p.,

expulsión hacia su pueblo de origen: «expeler de las grandes poblaciones, o recoger en casas de reclusión las públicas prostitutas»⁵⁶.

Se seguía en este punto lo ordenado en la ya vieja pragmática de 1661 así como en el auto acordado del Consejo de Castilla de mayo de 1704 que mandaba a los Alcaldes de Corte «recojan y pongan en la galera las mugeres mundanas que asisten en los paseos públicos, causando nota y escándalo»⁵⁷. En 1709, Luis de Maravall disponía así detener y llevar a la Galera a cuantas «mujeres enamoradas y públicas» andaban por las calles madrileñas en una redada general y extraordinaria⁵⁸. Y en tres redadas efectuadas en Cádiz en 1780 según las órdenes del gobernador Francisco Bucarelli y Ursua, se prendieron efectivamente a un total de 322 «mujeres públicas» (50 en una noche, 57 la siguiente y nada menos que 215 la tercera), lo que nos da una idea de su número⁵⁹. Pero, ¿cuánto tiempo encerrarlas y cómo mantenerlas?

Encontramos ecos de tales detenciones arbitrarias en la literatura y en el arte de la época. Aparte del *Arte de las putas*, en donde se alude a «la perversa gente/ que son los alguaciles y escribanos» que «persiguen a las pobres putas»⁶⁰, citemos un romance, fechado el 30 de Setiembre de 1769, que se refiere a las quejas de varias cortesanas madrileñas por la persecución que sufrían, habiendo tenido que emigrar de la Corte⁶¹. Y en la obra de Francisco de Goya [1746-1828], en la que las referencias a la prostitución son numerosas⁶², podemos señalar, en torno a 1796-1797, el capricho n.º 22 («Pobrecitas!») con el dibujo preparatorio y el primer boceto («Pobres, ¡quantas lo mereceran mejor; ¿pues qe es esto? que a de ser, qe las lleban a Sⁿ Fernando»)⁶³. Según el significativo comentario del manuscrito de la Biblioteca Nacional, «las infelices que se hacen prostitutas, tal vez por

Ordenanzas para el recogimiento de las mujeres viciosas y escandalosas, op. cit., y «Ordenanzas que, para el gobierno de la Casa Galera de Valladolid, escribió en esta ciudad, en agosto de 1796, Luis Marcelino Pereyra», en M. L. Meijide Pardo, op. cit., t. II, p. 778-796.

⁵⁶ Magín Berdós y Blasco, *Medios de contener las enfermedades sifilíticas*, s.l., s. ed. [Real Academia de Medicina], s.f. [16-V-1835], p. 7. Ver J. M. Gutiérrez, op. cit., vol. 3, Cap. IX, n.º 11, p. 170, y *Manual alfabético de delitos y penas, según las leyes y pragmáticas de España*, 3ª ed., corregida y arreglada a la Novísima Recopilación, por D. J. P. R. y L., Madrid, Francisco Martínez Dávila, 1828, p. 134.

⁵⁷ Auto del 24-V-1704, en *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, op. cit., nota a la Pragmática de 1661, p. 422.

⁵⁸ A.H.N., *Consejos*, leg. n.º 1294, fol. 78-80, cit. por Ángel Alloza, *La vara quebrada de la justicia. Un estudio histórico sobre la delincuencia madrileña entre los siglos XVI y XVIII*, Madrid, los libros de la catarata, 2000, p. 211-212.

⁵⁹ A.H.N., *Consejos*, leg. n.º 1054, exp. n.º 8, cit. por M. L. Meijide Pardo, op. cit., vol. I, p. 558.

⁶⁰ N. Fernández de Moratín, *Arte de putear*, op. cit., p. 178 (IV, 102-104).

⁶¹ Manuel Fernández Nieto, Introducción a su edición de *El arte de las putas*, Madrid, Siro, 1977, p. 59-63.

⁶² Roberto Alcalá Flecha, *Matrimonio y prostitución en el arte de Goya*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1984, p. 67-141.

⁶³ Pierre Gassier, *Les dessins de Goya. Les albums*, Fribourg, Office du Livre, 1973, p. 112 (Album de Madrid, B 82), y *Les dessins de Goya II*, Fribourg, Office du Livre, 1975, p. 120.

miseria, son llevadas a las cárceles, cuando se les antoja a los alguaciles; las de rumbo viven como les da la gana, porque las leyes sólo se han hecho para los pobres».

Pero la arbitrariedad va a dejar paso progresivamente a la aplicación de una decisión de justicia. Según la resolución del 28 de octubre de 1754, sólo se encarcelaría en la Galera a las «mujeres perdidas» expresamente condenadas por la Sala de Alcaldes de Casa y Corte tras una causa judicial⁶⁴. En general, la justicia ordinaria abría una causa tras una denuncia de vecinos por escándalo público, de familiares o de esposas por abandono familiar de sus maridos⁶⁵. Cuando actuaban de oficio, los oficiales de la justicia (ordinaria o eclesiástica) se contentaban en un primer momento con meras y en general inútiles reprimendas morales⁶⁶.

En Madrid, entre 1700 y 1766, se encausó por delitos relacionados directamente con la prostitución a un total de 172 personas, el 80% de ellas de 1741 a 1766, y por «trato ilícito» (término que comprende la prostitución) a 1.753 personas, siendo la mayoría mujeres⁶⁷. Pero esta represión afectaba de hecho sólo a una ínfima minoría de la población prostitucional, por falta de medios económicos y de espacios adecuados para recogerla, como lo confesaba en 1766 el Alcalde Francisco de la Mata Linares al Consejo de Castilla: «En la noche que se quiera y lo señalare podrán ser presas todas quantas se presentan en los sitios públicos, pero ni en la Cárcel tenemos fondos para mantenerlas ni (lo que es peor) ay sitio o casa donde destinarlas»⁶⁸.

El mismo documento explicaba lo poco eficaz que resultaba expulsar de las ciudad a las prostitutas forasteras, devolviéndolas a sus localidades de origen, pues «el embiarlas a sus países, entregándolas de justicia en justicia, o entregarlas a arrieros, además de ser sumamente embarazosa, la experiencia ha manifestado su inutilidad porque no hay ninguna de estas que no se escape desde el camino o no se vuelva desde su lugar». La conclusión, realista y un tanto desengañada, era sintomática de la incapacidad en la que se encontraban las autoridades: «Atentamente, devo decir a V.S. que ni ay cosa mas fácil de recogerlas todas, a que yo me obligo en la hora, ni más difícil que el destinarlas, sírvame V.S. decirme donde se han de poner después de presas que yo le ofrezco limpiar la corte prontamente de esta peste».

Y en otro informe de agosto de 1780, relativo a Cádiz, también se

⁶⁴ A.H.N., *Consejos*, Sala de Alcaldes de Casa y Corte, Libro nº 1341, fol. 314, cit. por C. Bénavidès, *op. cit.*, p. 52-53.

⁶⁵ Isabel Ramos Vázquez, *De Meretricia Turpitudine. Una visión jurídica de la prostitución en la Edad Moderna castellana*, Málaga, Universidad de Málaga, 2005, p. 206-207.

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 208-209 (Andújar, 1735).

⁶⁷ A. Alloza, *op. cit.*, p. 211.

⁶⁸ A.H.N., *Consejos*, Sala de Alcaldes de Casa y Corte, Libro nº 1353, fol. 82-84, cit. por M^a Cruz del Amo, «Aproximación a la prostitución madrileña en el s. XVIII», *Arenal*, Granada, Vol. 4, nº 1, enero-junio 1997, p. 111, y C. Bénavidès, *op. cit.*, p. 53.

mencionaba el escaso efecto del destierro de «mujeres prostitutas y de mal vivir»: «Sirve de muy poco el destierro de aquellas mujeres, si se les deja en libertad para que se avecinden o pasen a vivir a otros pueblos grandes de Andalucía, continuando su vida estragada y miserable en perjuicio de la juventud y salud pública, pues sólo produce el efecto de mudar el daño de un pueblo a otro»⁶⁹.

A veces, la expulsión se acompañaba de espectaculares medidas vejatorias, propias en principio para ser disuasorias, como en Ferrol, donde en 1774 se echó de la villa «al son de tambor, a una partida de quince muchachas de la mala vida, por sus desarreglos; estaban sentadas en una escalera que los hombres llevaban horizontalmente en los hombros: sus cabellos y sus cejas habían sido afeitadas»⁷⁰.

A finales del siglo XVIII, la pragmática de 1661 – recordada en 1704 – seguía siendo, pues, la única normativa legal vigente, aplicada periódica y discrecionalmente. Queda claro pues que lo que se perseguía por las autoridades no era tanto la prostitución en sí, sino sus manifestaciones exteriores más «escandalosas», y en particular su visibilidad callejera como elemento potencial de desorden social. Pero, como lo reconocía un documento de 1815, «aunque por estar corrientes las casas de corrección de esta Corte no es posible recoger todas las mujeres que viven con abandono, tampoco es oportuno dejarlas a la impunidad, ni que sean autorizadas en sus escándalos»⁷¹.

¿Qué táctica seguir? «Al paso que es difícil corregir estos males», proseguía el texto,

dicta la prudencia se elija y adopte un término que haga compatible alguna tolerancia con la conducta de ellos menos viciada o pública [...]. Entre esta clase de mujeres, es indudable habrá muchas separadas de sus maridos, padres, hermanos y demás parientes por sólo vivir su libertad, a las cuales (precediendo el conducente examen y averiguación) harán se reúnan con ellos, apercibiendo y amonestando severamente a las demás se abstengan de cometer insulto ni escándalo en las calles, paseos y demás sitios de concurrencia pública de esta Corte cuidando de que así se observa sin la más leve contravención bajo las penas establecidas.

Y es sintomático al respecto lo que se ordenaba a las prostitutas oriundas de Cádiz tras su arresto en las tres redadas mencionadas de

⁶⁹ A.H.N., *Consejos*, leg. n° 1054, exp. n° 8, cit. por M. L. Meijide Pardo, *op. cit.*, vol. II, p. 1427.

⁷⁰ Pegerto Saavedra, *La vida cotidiana en la Galicia del Antiguo Régimen*, Barcelona, Crítica, 1994, p. 255-256.

⁷¹ Oficio del Despacho de Gracia y del Consejo de Castilla a la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 18-II-1815 (A. H. N., *Consejos*, Sala de Alcaldes de Casa y Corte, Libro de Gobierno de 1815, fol. 393), cit. por Juan Antonio García Borrega, «Delito y sociedad en Madrid en el reinado de Fernando VII», *Estudios de Historia Social*, Madrid, n° 20-21, enero-junio 1982, p. 245.

agosto de 1780, una como imposible invisibilidad : «Que [...] se comporten con la mayor modestia no gastando lujo reparable ni trajes profanos ni presentándose con ellos en los paseos, ni menos en los teatros públicos, en aposentos descubiertas con ellos ni otros adornos que llamen la atención de los concurrentes»⁷².

¿Reglamentar de nuevo la prostitución?

Desde finales del siglo XVIII, algunas voces venían apuntando el fracaso de las soluciones abolicionistas y meramente represivas para con la prostitución:

La experiencia prueba que las diligencias practicadas hasta ahora para destruir la prostitución no han tenido el logro que se esperaba. Parece haber sido insuficientes los medios a que se ha recurrido. Se ha hecho asunto de la policía, y lo es de las costumbres. Se han multiplicado las penas para los delitos; pero se ha pensado poco en precaverlos. [...] Por otra parte por vergonzosa que sea la prostitución, y por delinvente que sea su práctica ¿puede alguien no mirar con cierto dolor y lastima a las desgraciadas sobre quienes recae esta ignominia y todos los castigos que la siguen?⁷³.

Otras soluciones, que tendían al control del espacio prostitucional, iban a proponerse más o menos discretamente a finales del siglo XVIII y principios del XIX. En su intervención en la Real Academia de Jurisprudencia práctica, ya preguntaba públicamente en enero de 1787 el licenciado Francisco Martínez Lozano «si sería conveniente [...] establecer lupanares públicos», ante «la imposibilidad de extinguir este vicio» y «los daños temporales que ocasiona a la Sociedad, y la salud pública, por estar infestadas las mugeres prostituidas y rameras»⁷⁴. Tras recordar la existencia de tales lupanares en España «hasta la promulgacion de la Pragmatica del Señor Felipe IV», señalaba que «aun en Roma, Francia, y otras Cortes se toleran en el día, no por otra razón que la de evitar mayores males y pecados más atroces».

Igualmente, una carta publicada en el *Correo de los ciegos* en febrero de 1787 recordaba que «en otros países donde se profesa nuestra religion, se toleran y autorizan unos depósitos de estas mugeres, en donde el gobierno aplica todo su desvelo en tenerlas sanas; y al mismo tiempo consigue sujetarlas; siendo por este medio menor el escándalo; pues no se reparten por toda la ciudad, como aquí sucede»⁷⁵.

También aludía Moratín en su *Arte de las putas* a la tolerancia foránea, abogando por lo tanto a favor de la reglamentación de la

⁷² A.H.N., *Consejos*, lég. n° 1054, exp. n° 8, cit. por M. L. Meijide Pardo, *op. cit.*, vol. II, p. 1423.

⁷³ Finchet, *op. cit.*, p. 606.

⁷⁴ *Memorial Literario, Instructivo y Curioso de la Corte de Madrid*, t. X, n° 37, enero 1787, p. 85.

⁷⁵ *Correo de los ciegos*, Madrid, I, n° 37, 13-II-1787, p. 148.

prostitución en España: «[...] En Madrid hay más de cien burdeles/ por no haber uno solo permitido/ como en otras ciudades, que no pierden/ por eso; y tú, Madrid, nada perdieras,/ antes menos escándalo así dieras»⁷⁶.

Más concretos serán los proyectos formulados en 1792 (en su «Carta sobre la sanidad pública» publicada sólo en 1808) por el Conde de Cabarrús [1752-1810], banquero y político, y en 1809 por Antonio Cibot [1771-1811], médico, significativamente dos afrancesados, ambos claramente muy sensibilizados ante la creciente propagación de las enfermedades venéreas y plenamente convencidos de la urgencia de actuar frente al problema⁷⁷:

Creo que la primera providencia es el restablecimiento de las mancebías, destruidas precisamente entre nosotros cuando la sanidad pública exigía su conservación y la vigilancia más exacta del Gobierno⁷⁸;

[...] Es preciso ante todas cosas hacer una matrícula de todas, y hecha, dar solamente carta de seguridad y libertad a las que, examinadas por profesores beneméritos y fidedignos, y hallándose sanas, puedan continuar en su oficio sin gravamen ni perjuicio de tercero⁷⁹.

Pero, tras una serie de debates en el seno del cuerpo médico, la reglamentación de la prostitución sólo sería un hecho en España bajo la monarquía de Isabel II⁸⁰. Y podemos considerar, pues, el proyecto de Antonio Cibot como un claro precursor en la materia que nos revela además un aspecto inédito de su rica personalidad. Y si bien la proposición anterior de Cabarrús, dada a conocer tanto al comienzo como al final de la Guerra de Independencia así como durante el trienio liberal, no podía ser entonces recogida tal cual, pronto encontraría no obstante defensores dentro del campo médico, en donde se le conocía y se le citaba con relativa frecuencia.

Si el temor ante la propagación de las enfermedades venéreas fue

⁷⁶ N. Fernández de Moratín, *Arte de putear*, op. cit., p. 154 (II, 317-321). Ver también I, 154-157 (p. 129).

⁷⁷ J.-L. Guereña, «Los orígenes de la reglamentación de la prostitución en la España contemporánea. De la propuesta de Cabarrús (1792) al Reglamento de Madrid (1847)», *Dynamis*, Granada, n.º 15, 1995, p. 401-441, y *Médicos y prostitución. Un proyecto de reglamentación de la prostitución en 1809: La «Exposición» de Antonio Cibot (1771-1811)*, Barcelona, Medicina & Historia, 3.ª ép., n.º 71, 1998, 16 p.

⁷⁸ Conde de Cabarrús, *Cartas sobre los obstáculos que la naturaleza, la opinión y las leyes oponen a la felicidad pública: escritas por el -- al señor Don Gaspar de Jovellanos y precedidas de otra al Príncipe de la Paz*, Vitoria, Pedro Real, 1808, p. 74.

⁷⁹ «Medidas propuestas por D. Antonio Cibot para contener los progresos de la sífilis» (Madrid, 24-X-1809), punto 1.º, *El Siglo Médico*, Madrid, vol. 8, n.º 379, 7-IV-1861, p. 221-222.

⁸⁰ J.-L. Guereña, «Prostitución, Estado y Sociedad en España. La reglamentación de la prostitución bajo la monarquía de Isabel II (1854-1868)», *Asclepio*, Madrid, Vol. XLIX, n.º 2, 1997, p. 101-132.

esencial en la vuelta del reglamentarismo – lo que podríamos sintetizar como la «presión higienista», cada vez más influyente en el siglo XIX –, otras razones ya presentes en el siglo XVIII, vinculadas con la defensa del orden público y el intento de limitar al máximo la visibilidad social de la prostitución, se conjugaron para pretender encerrar a las prostitutas en espacios especializados en el comercio del sexo y dotarlas de elementos definitorios de la identidad prostitucional, propios para controlar la población prostitucional, a menudo movediza: el registro y la cartilla.

Desde la «carta sobre la sanidad pública» del Conde de Cabarrús hasta los reglamentos adoptados y aplicados a partir de 1845, los proyectos y debates serán múltiples. Cabe destacar desde luego la fértil coyuntura del trienio liberal durante la cual se debatió en varias ocasiones del tema sin llegar no obstante a prosperar concretamente ninguno de los proyectos discutidos⁸¹. En todo caso, la prostitución no dejaba de aparecer como un «mal social» inevitable que convenía por lo tanto, para bien y defensa de todo el cuerpo social, reglamentar, limitar, controlar y también –¿por qué no?– fiscalizar.

⁸¹ J.-L. Guereña, «¿Reglamentar o reprimir la prostitución? Los proyectos del Trienio liberal», en R. Robledo, I. Castells y M. C. Romeo (Eds.), *Orígenes del liberalismo. Universidad, política, economía*, Salamanca, Universidad de Salamanca-Junta de Castilla y León, 2003, p. 353-360.